

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

DIARIO—Por Hernando Téllez.

Hernando Téllez fue sorprendido por la muerte en una hora cenital de su carrera literaria. Es posible que ya no cambiara sus rumbos literarios. Cuando supimos de su fallecimiento nos sobrecogió una rara meditación. Las letras colombianas habían sido honradas por su trabajo laborioso. Su estilo, depurado, de finas esencias, agitó poco los temas auténticamente colombianos. Desgarradoramente patéticos y subyacentes en un mundo encrespado, sufriente, sin rutas ni brújula para la navegación. Téllez fue un escritor singular e insular. Sus textos literarios no tienen vecindad con el trabajo de otros talentos nuestros, que hurgan en la entraña resplandeciente del Mito. Fue, sin duda, una voz magistral pero no auroral. Lo germinal de América, el trópico jadeante, las difíciles luces que alumbran nuestro pensar, le fueron en mucha parte ajenas.

Vivió una vida plena y armoniosa e hizo del culto de la literatura y del análisis de la sociedad colombiana centro de sus inquietudes. Pero andaba desvelado en cierto universalismo que era en él herencia europea, arquetipo admirable de una prosa que nos venía de lejos, de sensibilidades muy diferentes a la nuestra. Entre su serena meditación, sus juegos de palabras, la poda entusiasta de adjetivos y frondosidades, y nuestro tiempo trágico, media un abismo. Es preciso ser honestos en el análisis de los hombres claves de nuestra parca literatura.

Si a cada hombre le fuera dado el don de los dioses de escoger su patria literaria, es seguro que Téllez hubiera amado los lagares de Francia con apasionamiento. El intelectualismo galo, el don de síntesis, los esquemas forjadores que se alejan de toda ampulosidad estaban patentes en su prosa. Que por lo mismo era como más extranjera entre nosotros. Téllez careció de la tremenda vocación del apóstol. Del hombre que es capaz de sacrificarlo todo a la pasión y raíz de la tierra propia, con todos sus excesos y sus duras virtudes. Téllez no gritaría nunca como Unamuno el dolor de su Patria, ni se trenzaría en lloros y luces de bohemia como Valle-Inclán, ni ascendería al mundo poblado de feroces consignas y muertes, sangres y ardores, de las grandes y ejemplares novelas americanas. En muchos de

sus ensayos corre una vena sutil de sonreído escepticismo. El trabajo intelectual de nuestros escritores le parecía demasiado recargado de oropeles, imágenes, retórica, silbante barroquismo.

Estaba hecho para las temperaturas heladas, para el raciocinio frío, para el encantamiento sin mucha plétora indo-americana. Pudieramos decir que fue un científico de los temas que abordó. Lo que no le resta calidad a su obra, ya que fue construída con metales nobles, en meticulosas elaboraciones cerebrales. Y algunos, deslumbrantes por esa pincelada de nostalgia, de recuerdo, que les imprime su autor. Téllez no se dejaba desbordar y gobernar por la literatura. Porque tenía el don de reducir a partituras de hielo el material que en otros era lava crepitante, grito nocturno, alarido, tragedia. Vivió sus días en una noble y fundamental inconformidad. Suspiraba por un mundo en el cual los americanos no tenían sitio. Porque cada pueblo está conformado por pasiones, sentimientos, voliciones, que son propias e intransferibles.

Sus jugos, fruto del análisis, son inadmisibles para muchos colombianos que se agitan en un mundo panteísta, apenas traspuesto el umbral de la brujería, el imaginero de la infancia. Pero fue fiel consigo mismo. Jamás su pluma se agitó para defender causas innobles, personajes de cartón, menudeo político, de tan precarias formas. Algunos de sus ensayos son moralmente adoctrinadores. No podemos considerarnos el eje del mundo, como lo sostienen algunos plumíferos agitados por el viento de la vanidad. En esto es preciso ser cautos. Y Téllez cumplió esa misión, dosificando, fijando límites, aclarando juicios. Una asepsia que sabemos agradecerle. Su extensa cultura de clásicos y modernos le permitió entregarse a domar la prosa, elaborando una obra de gran limpidez y de una eficacia estilística que no conocíamos. Pero el trópico no asoma por ninguna parte en este hombre, saturado de lecturas lejanas, ese otoño de la cultura, cuando los grasos racimos son más dulzura íntima que acidez o amarga raíz unitiva.

Este **Diario** es un libro de veras hermoso. Limpio de escoria. Y sensorial. Los temas tratados por Téllez tienen valor universal y en cierta forma pertenecen a la substancia del alma humana. La niñez, el amor, el recuerdo, la muerte, el tiempo, la soberbia, la ceniza de nuestros actos encuentran aquí un fino tratadista. Este libro se relee con amor y muchas de sus páginas se convierten en viento de la memoria, diálogo del hombre con su sombra.

Téllez representa un momento nuevo en la literatura colombiana, cargada de oropeles, adjetivos, falta de medida y de orden. Ese fue su nobilísimo ejemplo. Pero sus caminos no fueron los nuestros, humildes alfareros del barro aborigen. Y no obstante, es con respeto y profunda admiración como volvemos hoy sobre estas páginas que Téllez nos legó como un testimonio de su cultura, aunque su pensamiento estuviera sumergido en otras latitudes literarias, más cernidas, pero sin el terrible calor humano de lo que está en el hombre nuestro como frustración, caída y locura vital que se pierde en hontanares de bruma.

* * *

Héctor Parra Márquez es, de los escritores venezolanos, uno de los que más ha indagado en los orígenes de la historia de su país. Con profundidad que no excluye el buen trato y contrato con las bellas letras. Lejos de su obra, cierta pedante erudición que obscurece muchos de los trabajos de los historiadores de los países bolivarianos. Por el contrario, en su incesante laboreo se advierte la huella de una inteligencia enérgica pero siempre inclinada hacia la verdad y la belleza, platónicas razones estéticas que resplandecen en sus trabajos. Este libro sobre Bello es apasionante, ya que el gran humanista cubre toda una etapa de la cultura americana. Datos curiosos, inclusive, nos trae el historiador Parra Márquez de la permanencia del gran caraqueño en su ciudad de origen. Leamos una carta de presentación de González Ortega, candidatizando a Bello para un cargo en la administración pública:

“...Para la plaza de oficial segundo propongo en primer lugar a don Andrés Bello que ha seguido la carrera de estudios en la universidad, y se ha dedicado con particular aplicación al de la bella literatura con tan ventajoso éxito que la opinión pública, y de los inteligentes lo recomiendan como sugeto que tiene las cualidades necesarias para ser útil al RL. servicio en esta carrera, aun en cualquiera otra que se le destinare.

.....

“Don Andrés Bello particularmente ha hecho progresos tan bentajosos en las materias a que se ha aplicado, que me permitirá VS me lisongée del acierto de su elección si se sirviere confirmar mi propuesta. He visto varias obras de su aplicación ya traducidas de autores clásicos, y ya originalmente suyas, aunque de menos consideración en que se conoce un talento nada común, unas ideas que reunen a su extensión, la circunstancia de un discernimiento ventajoso”.

El nombramiento se hizo y Bello desempeñó sus funciones ejemplarmente. Pero el cargo le produjo desazones y amarguras, pues fue calumniado de que había denunciado al capitán general Emparán, la conjuración del 2 de abril de 1810. Bello tuvo que defenderse y escribió en su *Oración por todos*, la siguiente estrofa que trae el estudio de Parra Márquez:

*Y por el que en vil libelo
destroza una fama pura
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.*

El historiador realiza un estudio exhaustivo de esos días de Bello en Caracas, de suma utilidad para conocer la trayectoria juvenil de quien, con el tiempo, sería uno de los mayores valores de la inteligencia americana. Contribuye este trabajo a acrecentar el valor de la obra intelectual de este venezolano que se ha propuesto una noble tarea de confrontación.

* * *

Este libro de ensayos constituye una confrontación responsable y evidente del problema de la pobreza y aun miseria en América Latina. Cinco escritores muy caracterizados, cuyo pensamiento ha influido hondamente en el cambio de las estructuras económicas, sociales y culturales de América Española. Es un análisis completo de la problemática cultural americana. Un ansioso bucear en un mundo palpitante, una sociedad que necesita salir del subdesarrollo, encontrar nuevos rumbos, que no dependen ya de la magia ilusoria de los políticos que emplean la demagogia como arma de combate sino de hombres pensantes, compenetrados con la hora actual en la cual es preciso volver los ojos hacia ingentes muchedumbres secularmente desposeídas y que hoy se han puesto en pie para reclamar una porción de vida digna, dentro del cuadro del mundo americano contemporáneo.

No somos Europa y ya es tiempo de que esto se diga en voz alta. El destino de los americanos consiste en crearnos propios horizontes, analizar nuestras posibilidades, ser dueños de nuestra peripecia. Nuestras circunstancias sociológicas y culturales son totalmente diferentes a las de europeos y norteamericanos. Por eso mismo no podemos seguir soñando en la utopía, de que técnicos extranjeros, sin raíz alguna con estos pueblos, puedan desarrollar programas de redención para naciones extrañas a su sensibilidad, su técnica, su apreciación de los factores humanos. Pueblos de un miserable nivel de vida, sordamente acompasados por un delirante índice demográfico. De viejas estructuras pastoriles y agrícolas, sin cambio alguno para el bienestar. Por eso es preciso desasirse de textos jurídicos, concepciones filosóficas del mundo que giran en lo meramente especulativo, para afrontar una realidad tremenda, ya que el hombre americano vive aún sumido en el chamanismo, con horizontes recortados, sin unidad nacional, ni estímulo internacional. Urge, pues, una política para los pobres que tenga un contenido ético, una razón espiritual.

El comunismo, lo sostienen estos lúcidos escritores, no podemos tenerlo con palabras, murallas de papel y buenas intenciones. Se requiere despensa, educación, techo, pan, deportes, alegría, para impedir que siga cumpliendo su obra de perforación de conciencias y haga nacer esperanzas absurdas de salvación, cuando en verdad el sistema desemboca en la opresión y la muerte. Este libro amargo, cierto, lúcido, afirma la democracia cristiana como una fórmula de salvación para pueblos sedientos de redención.

* * *

ACTUALIDADES "ECOPETROL"—Publicaciones de Relaciones de ECOPETROL.

La Empresa Colombiana de Petróleos, Ecopetrol, mantiene vigente una serie de publicaciones entre las cuales es preciso destacar esta espléndida revista, una de las mejores que se editan en Colombia. La dirección de la revista está a cargo de Jorge Castaño Castillo, uno de los grandes periodistas colombianos. Su trato con las cosas del espíritu, su refinada

sensibilidad, su vida siempre puesta al servicio de ideales intelectuales que, en cierta medida, son comunes a todos los colombianos que aspiran a un mundo mejor. Este número está hecho con gran decoro editorial y su contenido es verdaderamente importante y variado. Porque muchas personas consideran que esta clase de publicaciones deben ser absolutamente técnicas, sin nexo alguno con la cultura desinteresada. Lo cual, a nuestro juicio, constituye un máximo error, porque nuestro país no puede desprenderse de valores y símbolos y nombres, que han forjado su historia. La cultura no significa el olvido de formas nobles de pensar, de un humanismo que precisamente es el que diferencia estos pueblos de otros en los cuales la técnica ha hecho estragos, al pretender anular los valores del espíritu, la carga energética del hombre, su humanismo integral, aquellas fuerzas imponderables que construyen lo mejor de una nación, constituyéndose en su verdadero legado.

Ensayos profundos y variados contiene esta revista. Desde la historia de Ecopetrol, escrita por su presidente, el magnífico intelectual y estadista, doctor Mario Galán Gómez, hasta el estudio de nombres y hombres íntimamente vinculados a las letras colombianas. La revista de Ecopetrol no es, en consecuencia una publicación más, sino la cifra de valores que nos pertenecen en lo dilatado de los tiempos. Esta clase de publicaciones, con fotografías magníficas, estadísticas muy bien organizadas, prestan un servicio auténtico al país, porque presentan aquella parte creadora de Colombia, que por lo general ocultan maliciosamente periódicos extranjeros, a los cuales solamente interesa la crónica roja de la violencia, hechos aislados que pretenden enjuiciarnos como país sin cultura, cuando lo cierto es que nuestra patria está empeñada en una tarea creadora y forjadora de múltiples excelencias intelectuales, culturales, económicas y sociales. Nuestras felicitaciones por esta revista para el doctor Mario Galán Gómez, presidente de la empresa, y para el director, el gran periodista Jorge Castaño Castillo.

* * *

REMINISCENCIAS DE SANTAFE Y BOGOTA—Por José María Cordovez Moure—Biblioteca Shering. Bogotá. Colombia.

Un polvillo sutil de melancolía espolvorea estas páginas que vuelven a nosotros en pulcra edición ordenada hacer por la Shering Corporation, con el objeto de revivir un mucho de la mejor literatura colombiana. Leyendo nuevamente a Cordovez Moure, el payanés de tan grata memoria, es como puede apreciarse el valor y la dimensión de una obra que pertenece al tiempo pasado y que por milagro de su prosa fluída y transparente se hace algo vivo, real, que podemos palpar. Olores, sabores, costumbres, ingenuas formas de la existencia en Santa Fe de Bogotá, se presentan, aleteantes, presentes, bajo el sortilegio de un escritor que no se propuso ser un genio literario ni fue candidato a premios y galardones que en su época no se conocían, pero que de todas maneras, dejó unos cuadros de nuestro costumbrismo que reflejan en las aguas del tiempo la peripecia humana de nuestros antepasados, tan atareados en labores ingenuas, flores silvestres, tiempo de pastores y de égloga.

Ya quisieran algunos de nuestros costumbristas de hoy que han brotado en surtidor con ocasión del Premio Esso, de novela colombiana, poseer la gracia, la fuerza descriptiva, la rica zona emocional de la cual extrajo Cordovez Moure sus cuadros que son tan nuestros, de verdadero nacionalismo. Porque no es copiando modelos extranjeros, atiborrándonos de luces falsas, de sugerencias brumosas de otras culturas, como construiremos el Ser nacional. Es preciso mirar en torno nuestro, retratar, enfocar el mundo que nos rodea con su atmósfera vital, para dejar una obra que resista el paso del tiempo.

Por eso escribió de él, magistralmente, don Rafael Pombo: "José María Cordovez no pretende ni ha pretendido nunca ser literato, y de aquí su mayor mérito y encanto de narrador. No se por qué motivo su tiempo de colegio fue corto e intermitente, y no le dejó rastro ni afición de sabio de libro. Los años que otros dedican a ignorar el mundo y la vida sepultándose en letras muertas de plomo, que a la larga marchitan y entecan como si tocaran de muerto, él los dedicó a las letras vivas, de carne y hueso; a verlo, oírlo y palparlo todo en su original, en sus accidentes de negocios, viajes, reveses y revoluciones".

Exacto. ¡Qué riqueza de pluma la suya! Y cómo supo extraer de la caliente cantera de la realidad los motivos esenciales de su obra, a la cual es preciso volver siempre que aspiremos a gustar el pasado y la acción de otras generaciones colombianas. Porque Cordovez Moure, muerto en Bogotá en 1918, está bien vivo en la literatura auténticamente colombiana.

* * *

**EL ESTADO FUERTE—Por Alfonso López Michelsen—
Ediciones Populibro.**

Nadie podrá negarle a Alfonso López Michelsen su permanente inquietud intelectual. Y sus vastos conocimientos, sistematizados por cierto, del derecho constitucional como algo vivo, cambiante, que debe adaptarse al vivir e idiosincrasia de cada pueblo. Muchas de las ideas de este magnífico ensayo de Lopez Michelsen coinciden con las expuestas honestamente por nosotros en la *Biografía de Gabriel Turbay*. Las ideas liberales que se importaron de Europa y los Estados Unidos, no eran precisamente las que más convenían a estos pueblos, desatados del botalón del feudalismo, pero que siguieron vegetando en secular ignorancia. Un romanticismo delirante, hijo espúreo de la revolución francesa, trastornó cerebros y conciencias. La libertad verdadera, su ejercicio como deslumbrante vocación, no podía ser el ámbito de un pueblo que carecía de bases de cultura sólidas para cumplir su verdadera misión. Los ideólogos liberales, lo sostiene López Michelsen, copiaron constituciones sin tomar la medida y el pulso al pobre pueblo colombiano. De ahí nació una radical diferencia entre la letra escrita y la vida. Y fue la causa de revoluciones inútiles, sangrientas, que detuvieron el desarrollo de Colombia mientras otros países, como los Estados Unidos, por ejemplo, cumplían una etapa de decisiva transformación.

El pensamiento robusto del Libertador Simón Bolívar y su visión del futuro, intuyeron el fenómeno y sus desastrosas consecuencias. Estos pueblos indoamericanos carecían de todos los elementos esenciales para aceptar y cumplir los mandatos de constituciones elaboradas con paciencia ideológica y sentido de la realidad por naciones europeas de avanzada etapa cultural. De ahí su patético fracaso. Y que López Michelsen no vacila en señalar. De ahí que si los colombianos carecemos de gobiernos verdaderamente ejecutivos, ordenadores de actos, todo nuestro quehacer será apenas ilusión, vagotonía espiritual, planeación en el vacío. De ahí la importancia de este opúsculo.

* * *

LA EDUCACION EN COLOMBIA—Por Alejandro Bernal Escobar, Andrés Benoit, Bertha Corredor e Isaac Wust—Oficina Internacional de Investigaciones Sociales de FERE—Lovaina-Bélgica.

Este libro representa un metódico estudio de la realidad educativa del país, según la ven estos sociólogos, interesados en presentar puntos de vista muy personales. La primera parte, o sea, "La educación en la historia de Colombia", está escrita con acerbía y marcado sabor y estilo marxista. Para el profesor Bernal Escobar, España no fue nada distinto a codicia, crueldad, rapacidad. Y los reyes y sus representantes en la metrópoli, los virreyes, monarcas y servidores de ideas desuetas, de un manido telogismo. Escrito el capítulo con sentido de panfleto y totalmente enderezado a destruir gran parte de la historia española, pierde interés precisamente por la exageración, la intolerancia, el dogmatismo. Mejor dicho: Su autor cae en los mismos deplorables extremos que trata de combatir. Por lo demás, bien sabemos que el marxismo criollo tiende al absolutismo y a la negación de los valores espirituales más caros al hombre.

La segunda y la tercera parte del libro están escritas con mayor objetividad y tratan de enfocar todo el proceso del desarrollo educacional, sus fallas, sus aciertos y especialmente los planes que se pueden desarrollar en el futuro. Sus autores se basan en estadísticas, esquemas, razones muy objetivas. No está presente aquí el estilo polémico y la negación de la cultura religiosa que le ha impreso una manera de ser al hombre colombiano. Para nadie es un misterio el drama de la educación en Colombia. Patente en todo momento. Porque falta asistencia técnica, maestros especializados, equipos y laboratorios científicos, en fin, una suma de condiciones sin las cuales la educación irá a paso macilento, sin penetrar hondamente en la vida de una sociedad que busca un destino mejor.

Particularmente se acentúa este desgarramiento en las grandes masas rurales que carecen de toda asistencia y aún viven en condiciones infrahumanas. Problemas complejos para una nación que carece de presupuesto suficientemente capaz de cumplir la tarea educacional asignada al Estado. Desgarradoras verdades que no podemos desconocer. Pero que tampoco podemos descargar sobre la Iglesia Católica o sobre el Ejecutivo Nacional.

Ya que la demografía colombiana, la mayor de América Española, rompe todo presupuesto y nos sitúa en una zona amarga, pero que es preciso transitar con voluntad creadora.

Pero también se ha avanzado mucho en la educación, en el estudio científico, en el conocimiento de nuevos usos educativos más acordes con el tiempo que vivimos. Esto sería tema de un ensayo que desborda este comentario, que se limita únicamente a registrar la aparición de una obra polémica, que en otra oportunidad analizaremos con detenimiento.

* * *

LA PICUA SE VA—Por Lucy Barco de Valderrama. Ediciones Lerner.

Mucho se ha especulado en torno de esta obra, premiada como la mejor de las sesenta novelas presentadas al concurso anual de Esso Colombiana. El caso no era para menos, pues, su autora no era conocida en nuestros círculos literarios, en los cuales se hacen y deshacen prestigios, muchos de ellos acartonados y postizos; preciso es confesarlo. Revolaron los críticos de periódico y algunos comentaristas de mayor envergadura tomaron acciones en la controversia. Con la acidez y falta de ese tono medio que constituye el equilibrio de la razón y detiene la avalancha de lo meramente pasional y sensorial. La señora Lucy Barco de Valderrama, mujer de hogar, escribió este relato como un pasatiempo, sin ánimo alguno de lucrar o exhibirse como escritora en el cerrado y cercado círculo de nuestros genios de letras de plomo. Pero lo cierto es que la lectura de *La picúa se va* nos deja la sensación nítida de que su autora tiene muy buenas vecindades con las letras vivas, aquellas que no son meditación, análisis, sino que responden a un acto humano en función creadora. Nada en *La picúa se va* tiene reminiscencias librescas, ni obedece al influjo de otras formas literarias. Aquí tenemos que habérnosla con una escritora que, no obstante algunas protuberantes impericias en el manejo de las situaciones y algunos descuidos idiomáticos, tiene la verdadera vocación para cumplir una buena tarea en la literatura colombiana, que oscila entre cierto intelectualismo sin rai-gambre en lo nacional y el nadaísmo con su nada, su horror por toda norma y su falta de escrúpulos, todo ello tendiente a deslumbrar a la burguesía colombiana.

Hermoso relato el de este libro. Que carece de cercanías con el género novelístico propiamente dicho. Ya que los personajes viven una existencia elemental, sin complicaciones psicológicas, ni abismos de la conciencia, ni frustraciones, rencor y noche de instintos que cubren las zonas normales de la vida. Este libro no es, pues, una novela en el sentido estricto de la palabra, ni como ahora se escribe en Francia, tratando de desmontar todo aparato anímico del hombre. La autora de *La picúa se va* ha escrito un estupendo relato, la persecución de un pez, una "barracuda", que se había convertido en una fiera marina con la muerte de un pescador. La delineación de los personajes principales del relato está muy completa. Nada de afeites ni de retorcimientos en esas vidas, plenas, que viven entre el peligro, desafián la tempestad, las bestias marinas, la inmensidad de un mundo líquido

en permanente ebullición. El **cachaco** que describe la autora carece de todo interés y es completamente borroso. No cabe dentro del relato, todo acción, tempestad, lucha del hombre por la aventura dramática de la caza marina.

Es cierto que el relato está recargado de adjetivos y algunas palabras no son de recibo en nuestro idioma. Le faltó un poco de sobriedad para darle más dureza de hueso al apasionante viaje submarino. Pero como narración de costumbres es insuperable. La autora tiene condiciones de pintora que no desperdicia. Más bien podríamos afirmar que abusa de ellas. La descripción de toda clase de peces es sencillamente alucinante. Porque los va enumerando con belleza suma, derrochando paleta y color. De todas maneras, **La picúa se va** queda inscrita entre las grandes obras del costumbrismo colombiano. Pero de aquel que no perece porque es tanta su alacridad, viveza, cromatismo, verdad, desnudez humana, que será preciso leer este libro siempre que andemos en busca de un testimonio auténtico de nuestra vida costera, de un mundo de madréporas, corales, peces, conchas, tortugas marinas que pertenece al mapa geográfico de Colombia. Esta verdad no podrá desconocerse por ciertos alucinados que escriben pensando en las cavas de Sartre y en la podredumbre de un falso existencialismo.